

LA TERTULIA.

PERIODICO SEMANAL DE LITERATURA Y DE ARTES.

ARRESTOS Y VALENTIAS

DEL INTREPIDO YESCA,

en la

última corrida de novillos.

Mal gobierno fué por Dios,
sabiendo que se embaraza
la fiesta, echar en la plaza
los toros de dos en dos.

Conde de Villamediana.—Poestas MSS.

Juan de Dios de los Angeles Salas, famoso ya por el sobrenombre de *Yesca*, ha dejado en unas cuantas horas sus diarias ocupaciones de pregonar con voz clerical por las calles de Cádiz los antiguos romances del guapo Francisco Estéban, y las divertidas historias de Carlo-Magno y Oliveros de Castilla. Este trabajo de tan poco provecho no basta á satisfacer una noble y justa ambicion de lauro eterno, y por eso el intrépido *Yesca*, arrimando á un lado sus papelotes y deseoso de mostrar el esfuerzo de su brazo y la osadía de su corazón, ofreció lidiar dos bravos novillos en la plaza de toros de esta ciudad de Cádiz, tan célebre en la historia. El vulgo caprichoso é inconstante hablaba de *Yesca* con mucha variedad. Unos decían que el Cid, tan amante de lidiar toros, era niño de teta comparado con nuestro héroe: otros, y eran los mas, opinaban que no osaria acercarse á los novillos en veinte varas de distancia por ciertas consideraciones y respetos que no son de este lugar, sino de la plaza y frente por frente de las fieras. Y aun no faltaron algunos mal intencionados que cantasen esta coplilla por burlarse:

Que matarás los toros
la gente niega:
yo digo lo contrario,
querido *Yesca*,
Que al ver tu rostro feo,
morirán los novillos
de puro miedo.

Llegado el instante de comenzar la fiesta, apareció el valeroso *Yesca* detrás de la cuadrilla de toreros, acompañado de Francisco Gomez conocido por el *Terne* y famoso por sus piernas, que la mano de la antojadiza naturaleza convirtió á la hora de su nacimiento en un perfecto triángulo.

Lidiáronse seis novillos, sin que *Yesca* fuese osado á salir de los burladeros ó de sus contornos, no obstante las muchas y repetidas instancias que le hacia la gente de los tendidos. Todos atribuian esto á falta de valor y deseaban vivamente que llegase el punto y hora de salir *Yesca* á lucir la persona con los dos novillos que habia ofrecido capear, banderillar y dar muerte segun las reglas tauromáquicas. El vulgo creia que *Yesca* abrigaba en su pecho el temor; pero ¡cuánto se engañaba! Nuestro héroe por cuestion puramente de categoria social estaba resuelto á no alternar con los lidiadores; y en esto obraba como discreto.

Si lidio entre toreros
qué se diria?
que mi fama y mi nombre
y honra peliga.
Porque soy comerciante
ai por menor de coplas
y de romances.

Por fin salió el séptimo novillo, retiráronse los toreros y quedó en medio de la plaza el célebre *Yesca*, presentando la capa y el cuerpo al animal.

El novillo arremete

y coge á *Yesca*,
pero este por los cuernos
muy bien lo aferra.

¡O valor sin segundo,
mas fuerzas que su cuerno
tienen tus puños!

Con tus fieras manazas,
Yesca, lo empujas,
y el novillo vencido
se pone en fuga.

Y en esa hora
para tanto reirse
faltaba boca.

Mil *recortes* estraños
das al novillo:
cómo, *Yesca*, los dabas
no sé decirlo.

Y aun es lo bueno
que tú que los hacías
lo sabes menos.

Llegó en esto la hora de poner banderillas: lo que hizo el *Terne* á costa de varias caídas de las espaldas, por no haberlas sentido nosotros en las espaldas, se nos ha pasado de la memoria el número y las circunstancias. De ellas, mejor que otro alguno, podrá ser buen cronista el paciente. Testigos hay del lance, que afirman tener el *Terne* tantos y tan grandes cardenales en las espaldas que eran bastantes por su número para formar conclave y elegir *anti-papa*, no sin riesgo de la paz del mundo cristiano.

Tocaron en esto los clarines, dando señal de que el novillo iba á ser muerto. *Yesca*, empuñando la torera, dirigió el siguiente razonamiento al paleo de la presidencia:

«*Brindo por esta ilustre corporacion, por el pueblo de Dios y.... por todo.*»

Fuése al centro de la plaza en busca del novillo, pero como si algo se le hubiese olvidado, volvió á ponerse en frente del paleo de presidencia, y dijo: «*Quédense ustedes con Dios.*» Lo cual demuestra que *Yesca* es hombre sumamente cortés y afable, y que primero dará un ojo de la cara que pasar en el mundo plaza de grosero.

Puesto en frente del animal, no esperó que le embistiese, antes bien, arremetiéndole con fiereza, abrió en el costado derecho del novillo una brecha sin duda del largo de una vara.

Eso ya no era matar:
era, *Yesca*, desollar.

Espantado el novillo de accion tan bárbara (á lo menos así la llamó entre dientes en su lengua torera, segun personas fidedignas), espantado digo, tomó las de Villadiego no sabiendo lo que le pasaba; pero el intrépido *Yesca* corrió tras de él, cuanto pudo, con la espada puesta en alto á guisa de sable de caballera, jurando y perjurando su estermínio. Al fin el animal, cansado, molido y desollado dió el último suspiro.

La confusa vocería
que en tal instante se oyó
fué tanta, que parecia
que honda mina rebentó,
ó el monte y valle se hundía.

Perdone la cita Moratin el padre y sigamos el cuento de nuestro cuento que bien tiene que contar.

Salió el último novillo, el cual en el pescuezo probó á su pesar y con harto dolor de su corazon lo pesado de las manos de nuestro héroe. *Yesca* no es hombre que se ahoga en poca agua. Así cuando el animal embestia, él lo esperaba á pié quedo para clavarle las banderillas con toda seguridad, no de su cuerpo sino de los palos; porque á lo menos media vara de ellos habia de meterle en el pescuezo al desgraciado novillo que caía por su cuenta.

La muerte de este animal estaba reservada al *Terne*; pero este en dos veces que la intentó fué revolcado por el suelo, y en la tercera llevó tal topada en el pecho que le quitó las ganas de esperar la cuarta; y por eso, protestando que ya el número de los cardenales estaba completo para el *Terne*, tomó el camino de la enfermería.

Yesca empuñó entonces el punzante acero, arremetió al novillo y sin saber cómo ni cómo no, se vió enredado en los cuernos del bicho. Mas los grandes hombres aun de los peligros y las desdichas saben sacar partido. Así es que no bien se pudo separar del novillo, este comenzó á vacilar, y cayó tendido á lo largo: clara señal de que estaba difunto. Bajó á la plaza mucha gente del lado del sol, agarró á *Yesca* en volandas, y dió con él en la taberna del Gauado. Allí acabaría nuestro héroe de saborear el triunfo que el pueblo le destinaba. Lo demás que pasó es un secreto para mí; pero es indudable que *Yesca*, cansado de apagar la sed, iría dando tumbos á su casa, donde en un lecho poblado de alimañas descan-

saria de los pasados trabajos, hecho un conde del Pulgar y un marqués de la Chinchilla.
¡Sic transit gloria mundi!

EL CABALLERO DE LA TENAZA.

EL RELOJ DE S. FRANCISCO.

Con placer y orgullo cojo la pluma siempre que tengo que tributar un merecido elogio á la habilidad de alguno de mis compatriotas. Digo esto á propósito de la reciente compostura que el Sr. Leal ha hecho del reloj de S. Francisco, obra que há tiempo conceptuaban difícil las personas entendidas en el arte de la relojería, y á la verdad que no se engañaban, si se atiende á que faltaban á la máquina órganos muy esenciales, como son la rueda de escape, la varilla, la péndola y otras importantes piezas.

Con dos dificultades ha tenido que luchar el Sr. Leal: la una calcular las dimensiones de la rueda de áncora, del piñon, el número de dientes, la longitud de la varilla etc.: la otra, construir así estos como los otros órganos conforme á las reglas del arte; es decir, que el Sr. Leal ha tenido primeramente que adivinar, y despues poner en ejecución. Ambas cosas ha hecho con admirable exactitud, y de ello son una prueba los felices resultados ya obtenidos. Estudiando las velocidades relativas de que debian estar animadas las distintas ruedas, debio de las conocidas deducir el diametro de la de escape y del piñon, y de aqui el numero de sus dientes, lo cual da á entender que no es ajeno el Sr. Leal á la ciencia del movimiento, y que si en ella le faltaban conocimientos lo hau suplido en este caso las observaciones y los bien dirigidos ensayos. Tambien en la buena construccion de las piezas que he mencionado, ha dejado ver el Sr. Leal que no desconoce los principios de la delineacion y geometria, conocimientos de que ha sabido aprovecharse.

Como quiera, este hábil artista tanto en esta obra como en la del reloj de S. Antonio ha dado señaladas muestras de su aptitud para la mecánica, en la cual es seguro hubiera hecho progresos si á ella se hubiese consagrado.

Dóile, pues, por mi parte mi sincero parabien, por haber llevado á cabo una obra de la que pocos se prometian felices resultados.

J. R.

ABEN-OZMIN Y LINDARAXA.

ROMANCE MORISCO.

El valiente entre valientes,
 el gallardo Aben-Ozmin,
 en los amores y guerras
 mas que ninguno feliz,

A Lindaraxa pregunta,
 celoso de Ab-del-Kadir:
 «¿qué hiciste, ingrata señora,
 del corazon que te di?»

«Tus amorosas palabras
 llevóse el viento sutil:
 ¡mal haya el amargo instante
 que por mi mal las creí!»

«Por prendas de tu cariño,
 despues de suspiros mil,
 rubios cabellos me diste
 que envidia el oro de Ofir.»

«Para otro serán cabellos,
 mas no lo son para mí,
 sino viboras tan solo
 que saben morder y herir.»

«Una estrella de diamantes
 de tu mano recibí;
 porque ablandar á mi estrella
 jamás pueda conseguir.»

«Tambien me diste una rosa
 gala del galan Abril:
 porque tu amor conociera
 en su ligero vivir.»

«En mi turbante pusiste
 una pluma carmesí,
 con que pudiera al alcázar
 de mi desdicha subir.»

«Mi corvo alfange encerraste
 dentro de un verde tahali:
 color de esperanza era,
 pero solo de morir.»

«Clavaste un arpon de plata
 en este lazo turquí;
 porque siempre me dijera
 los celos serán tu fin.»

«En tu calle derramaste
 lágrimas de mil en mil,
 cuando á la guerra forzoso
 me fué por mi mal partir.»

«Como en arena sembradas,
ningun fruto conseguí:
solo el dolor y vergüenza
de ser en todo infeliz.»

«Tus engañosas palabras
en los vientos escribí;
porque el Amor envidioso
con ellas no pueda huir.»

«Mas, ay! que tambien el aura
envidia tuvo de mí:
llevóselas, y otro moro
las vino á encontrar al fin.»

«Guarda estas negras memorias
para el fiero Ab-del-Kadir;
y ojalá que él te las vuelva
cual las recibes de mí.»

«Mientras que yo ni un instante
dejaré de repetir:
*¡Mal haya el amargo día,
que por mí mal te creí!*»

Con esto á la ingrata mora
deja el bravo Aben-Ozmin;
pues lo llaman á la guerra
los sonos del añafil.

Sobre una yegua cabalga,
monstruo del Guadalquivir,
engendrada en sus arenas
por el céfiro sutil.

Con el dorado acicate
su ijar empezaba á herir
por tomar desde Patria
el camino de Conil,

Cuando quitó de su lanza
pendoncillo azul turquí,
que es el color de unos celos
que con su amor vió morir.

Mas Lindaraxa en su rostro
apagó el vivo carmin,
y por mostrar su inocencia
al moro, le dijo así:

«Si pretendes mis memorias
olvidar, Aben-Ozmin,
cuando grabadas con fuego
en tus mejillas las ví.»

«Vete en paz, dueño del alma,
que en paz bien puedes ya ir;
mas no digas á otra mora
que la has hurtado de mí.»

A. DE C.

EL NIÑO MIMADO.

BUSCAR RECURSOS.

(CONTINUACION.)

Por un principio fisiológico se dice que el hábito embota la sensibilidad y perfecciona el juicio; y á esto podríamos decir que según y conforme, y prueba de nuestra duda es que el hábito de acumular Carlos sensaciones en su corazón le ha embotado la sensibilidad y cada vez está mas loco: á las primeras ilusiones que se dedica todo jóven son á las del amor, ilusiones que basadas en la pureza acompañan á la criatura hasta el sepulcro, pero brotadas en el vicio y la mala fe, se enraizan con las pasiones del vicio y de aquí el hastio y la sed de impresiones de distintas especies, sed hidrofóbica imposible de saciar, que jamás halla fuente; sed que arrastra al hombre á todo género de desaciertos.

Carlos pasa entre las mujeres como el ciego entre la luz, los iris no pueden herir la pupila de este desgraciado, la pureza de las bellidades no puede refractarse en el alma ya viciada: así como abandona el infante el juguete que rompió en sus manos, así abandona Carlos la senda de los amores despreciando, como el niño los fragmentos de sus juguetes, los trozos de deshonra que ha regalado por la sociedad.

«¿Dónde podre hallar placeres?» decía una noche nuestro héroe rodeado de sus amigos: «en la caza» exclamó uno, «en la guerra» proponía otro, «en el juego» dijeron varios á la par; en verdad, voz fué esta para el niño mimado que le produjo una sensación terrible, y á poco de haberla oído caminaba á paso apresurado con dos de sus compañeros á una casa de banca.

Carlos se presenta entre los jugadores, Carlos es rico: «un punto nuevos», exclaman los tahures, y se le da su asiento, para que al cabo de diez minutos haya dejado sobre la mesa seis onzas y cuatro mejicanos, y el reloj y sus sellos con el alfiler de pecho y tres sortijas de brillantes, sobre el leon de una baraja por estrenar que está de meritoria encerrada entre nueve carros de napoleones.

— Carlos tiene herido su amor propio, y Carlos es rico y tiene crédito para el banquero, y bajo su firma pudo dejar para pagarlo al otro día 500 duros.

— La banca ha quedado reducida á los perdidosos, que se quedan contemplando el tapiz donde ha habido su flujo y reflujo de oro, y Carlos invitado por los aburridos ahoga sus penas en rom de Jamaica, en términos que le hace delirar. Al clarear el día va á su casa acompañado por uno de los que se llaman sus amigos, y su madre lo recibe llena de gozo en la puerta de la calle.

— El padre ha salido varias veces en la noche para saber de su hijo, y recostado en su sofá espera su vuelta enredado en pesadillas atroces. La madre sentada en su ventana pasa la noche examinando todas las sombras que cruzan por las esquinas y estudiando todos los pasos que se dejaban oír en el silencio. Al ver clarear la aurora ha derramado ardientes lágrimas de desesperacion, pero una sonrisa de alegría le ha animado su rostro pálido y quebrantado, ha visto á su hijo, lo ha abrazado: ¿viene beodo? lo ha cuidado con solicitud, ¿ha perdido al juego? ella es rica para dejarlo con honra: todo ha pasado, la madre es feliz, pues estrecha á su hijo contra su corazón.

— Al día siguiente que sus padres le dieron los diez mil reales para que cumpliera como caballero, fué Carlos á satisfacer el débito que contrajo con el banquero. Pero Carlos no camina solo pensando en satisfacer su deuda, no tiene necesidad de jugar para cubrir sus gastos, pero le llaman *calavera*, y es preciso que se entere del juego para poder hablar de él técnicamente; satisfecho su compromiso, se dedicó á estudiarlo sobre la marcha, y aprendió perdiendo 40 onzas, lo que se llamaba *albur*, y 42 á lo que llamaban *gallo*; jugó un *mamarán* para aprenderlo prácticamente poniendo 4 onzas por prueba, las que fueron á la masa comun del banquero, acompañadas de otras cuatro que fueron á saber lo que era un *martingala*. Un *entrés* le costó dos billetes, y se convenció que sabia jugar ya, perdiendo el resto á un *elijan*.

¡Qué regocijo es para un hambriento el pelar un pollo para merendárselo! ¡Qué delicioso es para un tahir hallar un tonto que le deje los cuartos!

Carlitos ha emparentado desde el primer día con los jugadores, y ya por lo bajo le llama

man *el primo*; pero él se rie, loquea, lo echa de desprendido, se sacude los bolsillos con aire picaresco, y todos le aplauden sus *graciosas ocurrencias*. Sin embargo, cuando los banqueros recogen los carros de onzas y los lios de billetes, deja escapar el rabillo del ojo sobre aquellas prendas por su mal perdidas, que aunque sabé que no le ha de hacer falta ese oro para cubrir sus necesidades, él juega por amor propio, y es lo bastante para que se quede mal parado. Continuó en sus sobremesas con los *tronados* bebiendo á crédito, y en algunos meses no dejó de frecuentar aquel garito infernal, trocando su mullida cama por aquel lecho de vicios.

El hombre de corazón gastado y lanzado á la crápula, por vanidad, acompañado de malos amigos, envuelto en los sueños irritantes de las pérdidas, y en la pesadez del embriagamiento, vagando en las altas horas de la noche de burdel en burdel y de calle en calle, no puede pensar nada razonable; así Carlos dió lugar á riñas con galanes y maridos, con ministriles y serenos, con alborotadores y vecinos pacíficos, siendo un manantial de escándalos, despreciado de los hombres de razón y odioso para toda la ciudad.

Resultado de estos escándalos: sus padres perdieron la paz, y al poco tiempo pereció su madre víctima de una horrorosa melancolía. Pero para todo hay convencimiento; su madre era ya anciana, y cumplió con la ley natural. El rom quita los dolores; en la crápula se ahogan los sentimientos mas vehementes. El luto es una preocupacion social, y para sentir no es preciso vestirse de negro.

— Carlos ha perdido los sentimientos mas sagrados, ha pasado algunos dias con la máscara de la hipocresia calada, y ha vuelto mas libre y con mas furor á la senda de sus vicios.

J. S. P.

PELEA A BOCADOS
ENTRE DOS INVENTORES
DEL MOVIMIENTO CONTINUO.

No sé si recordarán nuestros benévolos lectores que en el año pasado salió á la luz del mundo un caballero montañés llamado D. Angel Perez de la Riva y vecino de la M. N., M. L. y M. H. villa de Ruiloba (montañas de Santander), diciendo que el mundo le era deudor del gran hallazgo del movimiento continuo. Y así, como para hacer boca, queria que el Gobierno español, con el fin de premiar en algo el importantísimo servicio que prestaba al linaje humano, le diese unas cuantas docenas de docenas de millones de millones de reales. Pero es de saber que las tragaderas de tan buen señor no quedaban repletas con tal cantidad de reales, porque sin duda para sus esperanzas era muy poca cosa; y por eso sin encomendarse á Dios ni al diablo, y confiando solo en las alas de su ambicion y su audacia, pidió que todos los diplomáticos españoles alcanzasen en las naciones europeas, africanas, asiáticas y americanas, la propiedad del movimiento continuo, descubierto por el celebre vecino de la susodicha villa de Ruiloba.

Pues bien: vean ustedes aquí, que cuando nadie lo piensa, asoma por la invicta ciudad de Sevilla un buen señor, llamado Palomino, diciendo que ya topó con el movimiento continuo y que es llegada la hora de comenzar la máquina destinada á ser el asombro del mundo. Pero el Sr. la Riva que sabe mas durmiendo que otros despiertos, acaba de publicar en la *Guía del comercio*, periódico de la corte, un artículo afirmando «que las señas de la supuesta invencion del Sr. Palomino (sus palabras) me persuaden que el tal invento es el mismo que yo tengo hecho há un año, y por consiguiente que *me ha sido infamemente robado.*»

Pensarán tal vez nuestros amables lectores que el vecino de la villa de Ruiloba tiene grandes fundamentos para afirmar lo que afirma, y sospechar lo que sospecha; y en eso seguramente no se engañan. Hé aquí las poderosas razones en que sustenta su parecer.

«¿Cómo es que desde la fundacion de la mecánica tantos ilustres profesores y aficionados se han ejercitado inútilmente en resolver este gran problema, y que apenas anuncio yo mi descubrimiento, se presenta un prójimo en Sevilla con idéntica pretension? ¿En tres mil años no ha parecido un hombre, y en un día se presentan dos... en los dos polos de España! ¡Alabado sea el autor de los milagros! no hay duda! ¡España está en gracia de Dios! Este es un misterio que por ahora queda en tal misterio para el público; mas no lo es para el Sr. Palomino, aunque no me conoce á mí, ni lo es para mí, aunque no conozco al Sr. Palomino.»

Pobre vecino de Ruiloba! tu gozo ha caído en el pozo: tus satisfacciones se han deshecho en humo. Bien puedes exclamar juntamente con aquel gran poeta cuyo nombre callo por que quiero:—

Alegrias mal logradas,
antes muertas que nacidas,
rosas sin tiempo con
flores sin sazon conadas.

Ay desventurado de tí que tienes por competidor á Palomino! ¿Que has hecho con haber publicado tales y tan vigorosas razones para mostrar que tu gran descubrimiento se te ha ido de entre las manos, por la voluntad y malicia de un tal y tal inverso encantador, enemigo de tus glorias? ¿No ves que Palomino te podrá decir y con sobrada justicia...—

El grito pon en los cielos,
el grito en los cielos pon;
porque siempre han sido y son
el mayor monstruo los celos.

Pesado estás é importuno
con tu necio pretender,
que otro invento no ha de hacer
del rey abajo ninguno.

¿Por que corres con empeño
tras una sombra fugida,
sin ver que es humo la vida,
sin ver que la vida es sueño?

Aunque ofenderme procuran
tus palabras, no las siento:
publica mejor invento;
celos con celos se curan.

Bien sé que pretendes ya
hacer conmigo muy fiero,

*el valiente justiciero
y rico hombre de Alcalá.*

Mas es vano tu furor:
no me darás cabezadas,
ni pienso andar á estocadas
con *Diablo predicador.*

No me llares á la lid,
que de lides yo no entiendo,
ni resucitar pretendo
las mocedades del Cid.

Gran vecino de Ruiloba,
que con ademán furioso
intentas hacer el oso
y hacernos *la niña boba,*

Tus rabias y tus desvelos
mella en mi pecho no harán:
ellos así mostrarán
a lo que obligan los celos.

En vano humillarme piensas
con las voces que estás dando,
ni que te pida llorando
el perdon de las ofensas.

Y haces mal en esperar
que yo en decirte no tarde:
á vuestros pies hace alarde
don Rodrigo de Vivar.

Esto podria decir el Sr. Palomino; pero es el caso que el Sr. D. Angel de la Riva, como hombre que tan bien entiendo la aguja de marear ha rotado á su adversario á un singular desafio en la forma siguiente:

«En tanto (habla el famoso vecino de Ruiloba) que llega la ocasion de descorrer el velo y de poner en evidencia un fraude tan escandaloso, me parece lo mas acertado y decoroso para los dos el recurrir á otro expediente muy sencillo, que no rehusará el Sr. Palomino, si por fortuna tuviese tranquila su conciencia. Presentemos los dos al Gobierno un diseño explicado de nuestras respectivas máquinas. Si resultan ser diversas, cada uno de nosotros tendrá un derecho independiente; mas si fueran esencialmente iguales en su invencion principal, quedará convencido de que su invento es obra de malas artes, y me relevará de la prueba de trasmision de robo, para no enlodarnos en un empeño tan repugnante, declarando desde luego por mi parte que el Sr. Palomino ha podido ser seducido á desempeñar el papel de inventor; pero que él no ha sido quien faltó á la fidelidad de un secreto que jamás he tenido motivo ni ocasion de confiarle.»

Graciosa es por demás esta disputa: pues como ven aquí nuestros apreciables lectores, dos individuos pelean furiosamente y hasta matarse, por una sombra que pretende cada cual tener sujeta con las manos; pero que al menor rayo de luz desaparecerá fácilmente. Tiempo hubo en que los hombres creian á puño cerrado en la existencia de las brujas: hoy que tales y tan desatinadas creencias han sido destruidas por la cultura de nuestro siglo renacen otras locuras, otros sueños, y otras ilusiones. De donde se infiere la flaqueza del entendimiento humano que con estraña facilidad cree y defiende lo maravilloso, y todo euanto esté contra el orden de la naturaleza, mas bien que lo sencillo, lo verdadero y lo que la luz de la razon claramente le enseña. No es estraño en verdad que existan hombres deseosos de hallar prodigios imaginarios: lo raro es que algunos que se precian de tener buen entendimiento, den no solo oidos á tales sandeces, sino que las autoricen defendiéndolas, y teniendo grandes esperanzas en que para maravilla del mundo lograrán el dichoso fin, que con tanto abinco y tan desatinadamente ofrecen sus infelices autores.

Dios con su mucha misericordia conserve el juicio á quien bueno lo tenga, y á todos nos liberte de tentaciones, tales como la de hallar el movimiento continuo, baratijas con que el enemigo del linaje humano ha dado en pervertir los entendimientos.

EL CABALLERO DE LA TENAZA.

TEATRO PRINCIPAL.

GUZMAN EL BUENO. — EL SR. VALERO.

Despues de habernos tenido cerradas las puertas del teatro por espacio de diez dias, se nos han abierto al undécimo, con la *novedad* de presentarse el *celebre* actor don José Valero en el drama Guzman el Bueno, tan conocido ya en la escena española, en union de los actores que componen la compañía del teatro del Balon.

Nos ha sorprendido el verlo trabajar con los antedichos actores, y nadie ha podido darnos una contestacion terminante sobre los motivos que haya tenido para rescindir su contrata con la empresa del teatro de S. Fernando, porque sabemos que esta cumplia religiosamente las condiciones que con él habia estipulado, ¡ojalá no hubieran sido tantas! pues el público y la empresa hubieran ga-

nado en ello. El señor Valero debía estar satisfecho, al ver que solo su *célebre nombre* atraía una concurrencia extraordinaria, que corría presurosa á *admirarlo* en Retascon y el Quevedo, el Soprano y el Fuego del Cielo, el Dómine Consejero y otras por el estilo de estas; y extrañamos ver ahora que prefiere andar como un saltimbanqui ó cómico de la legua de teatro en teatro (cosa que no creemos la favorezca mucho), ó por el contrario confiado solo en su *raro mérito* con actores que están á alguna distancia de él, prefiriendo estos á los que cuenta en su seno la compañía de Sevilla, entre los cuales, sea dicho de paso, hay algunos en su género respectivo que tienen tanto mérito como el Sr. Valero. Pero quizás sea esto mismo la causa de su separacion, pues siendo estremadamente ávido de aplausos, veria con disgusto que el público los daba con justicia á algunos de sus anteriores compañeros, premiando con esto no solo su mérito artístico sino tambien el buen deseo que los animaba en complacerlo, lo cual es premiado por este con mas gusto que las pretensiones de otro. Este puede haber sido un motivo, aunque tambien puede existir otro, y es que viendo el público de Sevilla que dicho actor está llamando la atencion en otro teatro con perjuicio de él, podrá exigir del empresario que lo vuelva á llamar, lo cual no creemos suceda, porque la empresa mirará un poco por sus intereses (escaldada como debe estar), cosa que no hizo mucho cuando formó la compañía que actualmente posee, y que tambien el público de Sevilla se apreciará en algo, para no desear á actores que *se hacen desear* tanto como el señor Valero acostumbra.

Pasemos á hablar de la ejecucion, y lo sentimos, pues somos demasiado poco para juzgar á actores subalternos y mucho menos para arretarnos á hablar del *eminente primer actor que no ha tenido dificultad* en hacernos gustar los gozes, que nos puede proporcionar presentándose en la escena, y por lo tanto nos disimulará nos tomemos esta libertad y que esponámos nuestro franco é imparcial juicio sobre la ejecucion del drama en general, solo en lo concerniente al señor Valero.

Al juzgarlo en el Guzman, lo vamos á hacer mirándolo á la altura en que él se ha colocado, y quizás por esta razon aparezcamos algo severos; pero no debe pensarse así si se atiende á su *celebridad artística*.

Ante todo diremos que el señor Valero ha tenido que luchar con los gratos recuerdos que el señor Romea nos ha dejado en este drama; á este señor lo consideramos, sin término de comparacion, mejor actor y con mas facultades que el señor Valero, y á pesar de esto no creemos que haya expresado con verdad el carácter de Guzman, siendo el que se ha acercado mas á ella; y si consideramos con mas

facultades artisticas al señor Romea que al señor Valero y no ha llenado aquel nuestros deseos ¿que diremos de este señor? Lo hemos encontrado débil en el decir, frio en la expresion de afectos unas veces y exagerado otras, y creemos que se ha colocado á una gran distancia del héroe del señor Gil, y nos ha hecho ver un Guzman, hijo de su imaginacion, por lo cual le hubiéramos concedido facultad para que hubiera variado las palabras que dice al descender la escalera, uno de los momentos en que se marca mas la conciencia artistica (permitasenos esta frase) del actor, y en vez de decir al pisar el pavimento:

«Nuño, no puedo mas: sosténme, amigo.»

Pudo haberlas suplido con estas otras mas en armonia con su ejecucion:

«Álzame Nuño, no puedo rodar mas escalones,»

pues en efecto, no habia mas; que si mas hubiera, mas hubiera rodado. No hemos visto por cierto en todo el drama, y especialmente en su final, la dignidad, heróico ardimiento y grandeza de alma del gran alcaide de Tarifa, y si una cosa bastante contraria. Casi, casi, estamos por creer que el Guzman ha sido *un sainete* (1) ó parodia, segun ha sido ejecutado.

Mucho podriamos seguir diciendo, pero no podemos disponer de mas espacio y a fe que lo sentimos; diremos si, en obsequio de la verdad, que se ha vestido la escena con cuanta propiedad se ha podido y que se ha ensayado con mucho esmero, sacándose todo el partido posible de los cortos elementos de que se disponia; y en esto confesamos haber visto la hábil y maestra direccion del señor Valero.

Al concluir el drama fué llamado el señor Valero á la escena, y con su *modestia y galanteria* acostumbrada, se presentó solo á recibir los justos aplausos que se le prodigaron.

Antes de concluir queremos copiar el siguiente EPIGRAMA que viene aqui muy de molde:

Todas tus amigas son
las mas viejas y mas feas:
con ellas vas y paseas;
ya se sabe tu intencion.
Éstas en toda ocasion
contigo gustas traer,
para con ellas poder,
¡oh Julia! siempre engañosa,
entre feas ser hermosa,
y entre viejas niña ser.

L. de G.

(1) Palabras testuales del señor Valero.